

tán despabiló la vela, se puso los anteojos — veía más que un lince, pero en su calidad de óptico entendía que estaba en la necesidad de usar anteojos — abrió su libro de oraciones y se puso á leer el rezo de difuntos. Y así, leyendo en voz muy baja, deteniéndose de vez en cuando para secarse las lágrimas, pasó el capitán Cuttle en el comedorcito aquella noche.

## CAPÍTULO XXXIII

## CONTRASTES

Tornemos ahora sucesivamente la vista hacia dos casas; no están juntas, al contrario, están muy distantes una de otra, pero ambas fácilmente se comunican con la extensa ciudad de Londres.

La primera de estas dos casas está situada en la verde y montuosa región de Norwood. No es una mansión señorial, no tiene la pretensión de serlo, pero está hermosamente arreglada y esmeradamente cuidada. La pradera, los jardinillos de flores, los grupos de árboles entre los cuales se destacan las graciosas formas del fresno y del sauce, el invernadero, la rústica solana ornada con olorosas plantas trepadoras, la sencillez exterior de la casa, la cómoda distribución de sus habitaciones, hubieran convenido, salvo en sus reducidas dimensiones, á un lujoso palacio. Y en el interior era efectivamente un palacio por el refinamiento de su adorno. Colores ricos, excelentemente combinados, atraían la vista así en los cortinajes como en las tapicerías y alfombras. El mobiliario se adaptaba maravillosamente al tamaño de las habitaciones. No faltaban estampas y pinturas de mérito. Los libros, en estanterías elegantes que apro-

vechaban los rincones, eran muchos. Finalmente, encima de las mesas se veían diferentes juegos de sociedad: un tablero de ajedrez con figuras fantásticas, chaquete, dados y barajas. Por último, ocupando el centro de una sala, se veía la mesa de billar.

Con todo, tantas comodidades y opulencia no acababan de disimular en aquella casa un no sé qué de desagrado. Tal vez es que las alfombras, los almohadones, los divanes son demasiado blandos, apagan mucho los sonidos, y por ésto las personas que andan ó se sientan parece que pasan furtivamente ó que se esconden. Tal vez consiste en que las estampas y pinturas no conmemoran grandes hechos ni simbolizan elevadas ideas, ni representan la naturaleza en su poesía del paisaje, caseríos ó chozas, limitándose á dar una impresión voluptuosa, ostentación de forma y de color, y nada más. Acaso influye el que los libros, por sus espléndidas encuadernaciones y sus títulos, guardan perfecta relación con las estampas y pinturas. Puede ser que al efecto que examinamos contribuya una especie de afectación de humildad que aquí y allí se nota, en medio de la ostentación y la elegancia, lo mismo que en el rostro de ese caballero representado en el retrato, de la pared colgado, y en la cara del original del retrato que está sentado en una silla delante de su desayuno. O quizás deba hallarse el motivo en el hábito que el dueño de la casa diariamente deja, como sutil porción de sí mismo, en todo cuanto le rodea.

Ese que está sentado delante de su desayuno es mister Carker. Un hermoso loro, dentro de jaula elegantísima encima de la mesa, muerde las varillas con el pico, trepa, descende cabeza abajo y grita;

pero mister Carker no hace caso del ave, está mirando un cuadro, en la pared, frente al sitio donde se halla sentado.

— ¡Qué semejanza más extraordinaria! — dice. — Es casual, ciertamente.

Acaso es « Juno »; acaso es « La mujer de Putifar »; acaso una « Ninfa desdeñosa », según quiera catalogarlo el mercader al vender el cuadro, si alguna vez se pone en venta. De todos modos, es una cabeza de mujer sumamente hermosa que, arrogante, vuelve los ojos hacia el espectador desde cualquier sitio que se mire.

Diriase que es Edith.

Carker levanta la mano hacia el cuadro. ¿Es una amenaza? No, pero lo parece. ¿Un insolente beso enviado con la punta de los dedos desde los labios? No, pero hay en el ademán algo de esto. Concluye el desayuno, habla Carker á su irritado loro y éste se columpia en lo dorada sortija que cuelga del techo de la jaula y que parece un anillo colosal de espon-sales.

La segunda casa, en el otro extremo de Londres, cerca de la carretera del Norte, en otros tiempos animadísimo lugar, y hoy sitio abandonado por donde apenas transitan otras personas que los caminantes, los que salen de la ciudad ó vuelven á ella á pie y cargados. Es una casa pobre y pequeña, sobria y modestamente amueblada, pero en cambio limpiezísima. En materia de adorno sólo se ven algunas flores muy comunes á la puerta y en el diminuto jardinillo. El paraje donde se halla esta casa, con otras vecinas, no puede decirse que corresponde á la ciudad ni tampoco que corresponde al campo. La edificación, al igual del gigante con sus botas de viaje, ha dado

una zancada, pasando por encima y afirmando sus tacones de mortero y ladrillo largo espacio adelante. Pero el hueco dejado por el paso del gigante es un campo estéril; no hay césped que adorne los senderos, las empalizadas están rotas, los cardos ahogados bajo el polvo y abiertos en brecha algunos matorrales que sirvieron de seto. Si por casualidad un pajarero se aventura en aquellos parajes, pierde completamente la paciencia y el tiempo, y se marcha jurando que no volverá allí en toda su vida. Altas chimeneas de fábrica día y noche vomitan humo y llamas entre hornos de ladrillo y filas de adoquines gredosos. Tal es el cuadro en que se halla nuestra segunda casa.

Habita en ella la mujer cuyo cariño fraternal la hizo abandonar la otra morada; la que rechazada por su hermano el soberbio al marcharse con su hermano el humilde, se llevó el ángel tutelar de la casa. Dice el soberbio que la olvida, que desde que se vió abandonado — él dice abandonado — no piensa nunca en ella; pero no hay tal, no la ha olvidado por completo y la prueba es que el cuadrado de flores que la hermana cuidaba con amor en el jardín de la casa lujosa sigue cuidadosamente guardado, como si el hermano soberbio quisiera conservar la ilusión de que su hermana se marchó de su lado solamente la vispera.

Enriqueta Carker (1) ha cambiado mucho desde entonces; parece que sobre su belleza ha pasado una sombra más densa que la producida por el Tiempo

(1) En alguna parte del diálogo dejamos Harriet (Enriqueta), en inglés, lo mismo que en algunos capítulos precedentes hemos dejado Polly (por María). Nos ha parecido que convenía de este modo al estilo. (N. del T.)

en su marcha, una sombra de ansiedad y dolor y de lucha por su pobre existencia. Pero es hermosa todavía; todavía es apacible y modestamente bella, como si no conociera su belleza. Si la conociera, seguro es que no la haría valer tampoco; sería lo que es, y nada más.

Sí, esta débil, delicada, paciente figura, vestida de manera aseada con humilde traje, no deja adivinar en su aspecto más que las virtudes domésticas, esas virtudes comúnmente menos apreciadas que el heroísmo y la grandeza, excepto cuando son patrimonio de los grandes personajes, pues en este caso lo común y ordinario se convierte en título de gloria. Sí, esta débil, delicada, paciente figura apoyada en el brazo de este hombre todavía joven, aunque canoso y fatigado, es su hermana; es la única persona en el mundo que le tendió la mano y que ha sabido mostrarle la esperanza durante su penoso camino.

— Es temprano, John. ¿Por qué te marchas hoy tan pronto?

— Unos minutos antes, nada más, Enriqueta. Si puedo disponer de un rato iré — no es más que un deseo que tengo — á dar una vuelta por donde me despedí de él, cerca de su casa.

— Siento no haberle conocido, John.

— Mejor es así, pues si le hubieras conocido sentirías hoy más su desgracia.

— No lo creas; no podría sentirlo más de lo que lo siento. ¿No participo yo de tus penas? De haberle conocido yo, tal vez te serviría de alivio el hablarte de él como te hablaría.

— Querida hermana, ya sé que participas de mis alegrías y mis penas, y que no tengo más fiel amigo y compañero que tú.

— Espero que lo comprenderás así, John; no tienes otro más seguro.

— Además, aunque lo hubieras conocido, no podrías llevar más allá tus sentimientos con los míos.

Enriqueta desprendió su brazo del de su hermano y se lo echó al cuello abrazándole y diciéndole :

— Según y conforme...

— Ya, ya sé lo que quieres decir : me censuras el que no le haya dejado cultivar mi amistad. Crees que he hecho mal...

— No lo creo ; estoy segura de ello.

— Pues lo he hecho en interés suyo — añadió John con tristeza — porque su reputación podía sufrir si se comunicaba conmigo. Y aunque tú creas otra cosa, hermana...

— Otra cosa creo, en efecto.

— Pues aunque otra cosa creas tú, yo estoy en lo cierto ; de tal modo que el recuerdo de mi conducta constituye para mí un consuelo.

Dicho esto, sonriente y con melancolía se despidió de su hermana diciéndola :

— Adiós, hasta luego.

— Adiós, John. Iré á esperarte por la tarde á la salida de la oficina, en el lugar acostumbrado. ¡ Adiós!

Aquel cordial semblante era para John su universo, su hogar, su vida ; mas también era una parte de su castigo y de su pena. Aunque su hermana pareciese enteramente satisfecha, contenta de haber hecho aquél su duro sacrificio, John veía en ello la huella de su falta y el resultado de su conducta pasada, siempre, por esto mismo, presente á su memoria.

Enriqueta se quedó con los brazos cruzados, á la puerta mientras su hermano se alejaba por el camino hacia Londres. Aquel camino atravesaba lo que antes

fué una verde pradera y ahora constituía una porción de solares donde se levantaban armaduras de casas como si fuesen producto de una vegetación extraña. John volvió la cabeza una ó dos veces y siempre halló la figura de su hermana en la puerta haciéndole señal de adiós. Pero luego que John se perdió definitivamente de vista, Enriqueta dejó de contener su congoja y rompió en llanto.

No se quedó en la puerta. Sus ocupaciones eran muchas y sus tareas largas. Cuando terminó las más pesadas, puesta en orden y bien limpia la casa, pensó en la compra, lo que tenía que comprar para la comida y salió echando cuentas, mentalmente, de lo que costaría más barato. Así hace toda la gente pobre. No es acto heroico ante la servidumbre que los rodea : ¡ puesto que no tienen servidumbre que los admire y pregone sus altos hechos!

Mientras estaba Enriqueta en sus compras, un hombre que al parecer no venía de lejos se acercó á la casa. No era joven, pero tampoco podía llamarse viejo : algunas canas en su cabello hacían resaltar lo negro de sus cejas, la blancura de su frente, la dulzura de su mirada.

Aquel hombre se acercó á la puerta y llamó. Como no le contestó nadie se sentó á la puerta y esperó. Esperando se puso á tararear con mucha afinación y llevando el compás con sus ágiles dedos en la tabla del banco rústico donde estaba sentado : seguramente se trataba de un músico. Y como parecía satisfacerse en la armonía y saborear aquel canto apenas perceptible á distancia, podía decirse que aquel músico no era un cualquiera en su arte.

Aun estaba tarareando el tema que con infinitas variaciones daba vueltas como un tornillo sin fin,

cuando vió que se acercaba Enriqueta. Se levantó y permaneció de pie con la cabeza descubierta.

— ¡Usted otra vez! — dijo Enriqueta con acento inseguro.

— Me he tomado esta libertad — contestó su interlocutor. — ¿Quiere usted hacerme el favor de escucharme cinco minutos?

Vaciló Enriqueta un instante, pero al fin abriendo la puerta admitió al caballero en la salita de recibo. El caballero se sentó, acercó la silla á la mesa para situarse bien en frente de su interlocutora y con gran sencillez habló de esta manera :

— Miss Harriet, usted no es altiva. Me ha dicho usted que lo es, la última vez que hemos hablado; pero permitame usted decirla que he leído en sus ojos lo contrario de lo que sus palabras decían. Ahora mismo — añadió tocando con la mano suavemente el brazo de Enriqueta — ahora mismo sus ojos vuelven á desmentir lo dicho.

Enriqueta se quedó confusa y no supo contestar nada.

— Son espejo de confianza y de benignidad — dijo el caballero. — Excúseme usted, por consiguiente, y no la incomode que haya vuelto.

Sus maneras al pronunciar estas palabras demostraban que era sincero en su manifestación y que no se trataba de un vano cumplimento : era tan llano, serio y sin afectación que Enriqueta bajó la cabeza como para afirmar que no dudaba de aquella sinceridad evidente.

— Nuestra diferencia de edad — dijo el caballero — y la sencillez de mis propósitos me permiten exponer mi pensamiento sin rodeos. Lo que yo digo es exactamente lo que pienso : por esto me vuelve usted á ver en su casa.

— La altivez que yo tengo — dijo Enriqueta después de meditar un momento — ó al menos la que creo tener es la que nace del cumplimiento del deber. No quiero tener otra.

— Altivez por usted misma — dijo el caballero.

— Por mí misma.

— Pero, dispense usted — prosiguió el caballero. — ¿Y por su hermano?

— Me envanezco de su cariño — contestó Enriqueta mirando á su interlocutor y cambiando de tono, no con menos tranquilidad que hasta entonces, pero con acento de persuasión y de firmeza. — Me envanezco también por él en persona, caballero, puesto que ya conoce usted bien la historia de su vida que usted me ha referido, usted mismo, la primera vez que vino á esta casa.

— Sí, señora : se la he referido para inspirar á usted confianza — repuso el visitante. — Espero que no supondrá usted que aludo á ella con intención de...

— De ningún modo — interrumpió Enriqueta — no dudo de que la intención de usted es bondadosa y buena.

— Muchas gracias — dijo el caballero estrechando la mano á su interlocutora. — Es usted justa al apreciar mi pensamiento. Decía usted, pues, que yo, que conozco la historia de su hermano John Carker...

— Digo que ha podido usted comprender cuán grande es mi altivez puesto que me envanezco de ser hermana de John Carker. Hubo un tiempo en que no podía yo decir esto; pero ya pasó. Después de tantas humillaciones como ha sufrido, de tantas amarguras, de tan sincero arrepentimiento y de expiación tan prolongada; después del caudal de ternura que ha derrochado en aliviar mi dolor, como si yo pudiese

tener otro dolor que el suyo propio; después de todo esto puedo enorgullecerme de mi hermano, puedo decir á los poderosos de la tierra que nunca, jamás, impongan á los culpables castigos que impidan la regeneración del culpable, porque hay un Dios en las alturas capaz de hacer que cambien los corazones por él creados.

— Sí, señora : ha cambiado su hermano — contestó su interlocutor compasivamente. — Aseguro á usted que no lo dudo.

— Pues no es ahora cuando ha cambiado su ser — dijo Enriqueta. — Su ser cambió cuando pasó de bueno á malo; ahora no ha hecho más que tornar á su primer estado.

— Está bien — dijo el caballero pasándose la mano por la frente y tamborileando luego con los dedos sobre la mesa — está bien; pero ¿quién es capaz de enterarse de tales cambios en la vida? Nadie estudia esos cambios : hay otras muchas cosas que hacer ¿no es verdad? Eso dicen. No se enseña esa observación en las escuelas; no tenemos ideas fijas sobre esto. No podemos salir de nuestra labor diaria.

El caballero se levantó de la silla, fué hacia la ventana, tornó á la silla y se sentó nuevamente con evidente expresión de disgusto.

— Miss Harriet — dijo — voy á pedir á usted un favor. Míreme usted : le parezco un hombre de bien, ¿verdad? porque mis intenciones son absolutamente honradas. Dígame usted ¿le parezco un hombre de bien?

— Sí señor — contestó Enriqueta sonriendo.

— Pues bien — repuso el caballero — creo firmemente todo lo que usted me ha explicado y siento, con toda mi alma, haber permanecido doce años igno-

rante de eso y sin hacer nada por relacionarme con usted. Ni siquiera sé como al fin he venido á su casa. Pero, en fin, puesto que ha sido así permítame usted que haga algo en favor suyo. Me inspira usted la mayor consideración y respeto. Déjeme hacer algo en favor suyo.

— No es menester, caballero.

— Sí, si es menester — contestó el visitante. — Hay una porción de cosas de que ustedes carecen y que podrían mejorar su existencia, la de usted y *la suya*. La suya — repitió el caballero para explicar mejor su idea. — Por costumbre me había figurado yo que no había nada que hacer en favor de su hermano : mejor dicho, no me había detenido á pensar en ello ; pero ahora es otra cosa. Déjeme usted hacer algo por él. Y usted también — añadió el visitante con gran delicadeza — usted también tiene necesidad de cuidarse, en favor de su hermano, y me figuro que usted no lo hace bastante.

— Quienquiera que usted sea, caballero — dijo Enriqueta mirando á su interlocutor — cuente usted con mi mayor agradecimiento. Estoy persuadida de que no tiene usted otro propósito que el de favorecernos. Pero hace años que nos ajustamos á esta vida. Privar á mi hermano de una parte de lo que más ha hecho que le tenga cariño — de un fragmento, aunque sea mínimo, del mérito que su resolución encierra — sería disminuir nuestra propia satisfacción. Las lágrimas que ve usted en mis ojos prueban á usted la intensidad de mi agradecimiento; pero, por favor, no insista usted en sus ofertas.

El caballero llevó á sus labios la mano de Enriqueta con tanto cariño como un padre que admirase una resolución de su hija.

— Cuando llegue el día en que recupere la posición que ha perdido...

— ¡Que recupere..! — exclamó el caballero — ¿Cómo podrá ser eso? ¿Quién le restablecerá en su posición? No creo equivocarme si digo que su hermano jamás le perdonará que le haya privado del mejor tesoro de su vida y que es una causa poderosa de la animosidad contra John...

— Toca usted á un punto que no se trata nunca entre nosotros; no; ni aun entre nosotros.

— Perdone usted — dijo el visitante. — Ha sido una distracción de mi parte. No insisto porque reconozco que no tengo derecho á hacerlo. Pero no obstante mi condición de extraño á su familia permítame que espere de usted dos favores.

— ¿Cuáles? — dijo Enriqueta.

— El primero es que si modificara usted su resolución me deje tenderla lealmente la mano. Mi nombre se hallará en todo momento á la disposición de usted: ahora sería inútil dárselo ó al menos carecería de objeto.

— Nuestra posibilidad de elegir amigos no es grande — contestó Enriqueta sonriendo — de modo que no cabe mucha vacilación: queda prometido.

— El segundo favor es este: los lunes, á las nueve de la mañana — ¡otra vez la costumbre! — pasaré por delante de esta casa: hágame usted el honor de dejarse ver en la puerta ó en la ventana. No pido á usted permiso de entrar porque á esa hora su hermano se habrá marchado ya. Tampoco pido á usted permiso de hablarla. Únicamente deseo la satisfacción de ser visto por usted un momento, recordándola de este modo que tiene en mí un amigo — un amigo

ya entrado en años, que pronto será de pelo blanco — y á quien usted puede mandar como guste.

El rostro cordial de Enriqueta se tornó al caballero y confiadamente prometió lo que éste deseaba.

— Comprendo que esta vez, como la pasada, no dirá usted nada de mi visita á John Carker: sería para él una pena saber que alguien conoce su desgracia. Por mi parte no quisiera tampoco que conociese mi visita porque no se acomoda al uso establecido en sociedad, á las costumbres: parece que lo mejor de todo es acomodarse á las costumbres...

Dicho esto el visitante se dirigió á la puerta y se despidió de una manera muy respetuosa al par que con la demostración de interés que correspondía á cuanto había expuesto.

Aquella visita despertó en el ánimo de la hermana muchas emociones que estaban ya medio borradas. Largo tiempo hacía que ninguna persona extraña había pasado del umbral de su puerta: mucho tiempo hacía que no sonaban en sus oídos palabras de cordialidad y simpatía. Por esto la figura del caballero se le quedó grabada en la mente, acompañándola mientras se ocupaba en sus labores y cuando se asomaba á la ventana: con frecuencia le parecía oír las palabras que aquél había dicho. Y es que éstas concernían al secreto de su vida. Si por corto espacio se atenuaba la imagen de tan discreto visitante era para dejar espacio á multitud de pensamientos referentes al mismo gran suceso que llenaba su vida.

Pensando y trabajando á ratos, unas veces de lleno en su tarea, otras abandonando la labor para ocuparse en sus pensamientos, se deslizó para Enriqueta Carker aquel día. Muy clara había sido la mañana, pero el cielo, cubierto de nubes por la tarde, al cabo había

-roto en lluvia, envolviendo la ciudad entre nieblas.

Más de una vez dirigió Enriqueta la vista compasivamente á los viandantes que se dirigían hacia Londres, mirando con espanto á la vastísima ciudad donde su miseria sería como una gota de agua en el océano, como un grano de arena en medio de la playa. Día tras día pasaban por aquellos sitios míseros caminantes á pie, todos en dirección á Londres. Tragados por aquella inmensidad hacia la que parecían impelidos por una fascinación desesperada, nunca jamás volvían. Pasto de hospitales, de cementerios, de cárceles, del río, de la fiebre, la locura ó el vicio, pasaban hacia el monstruo, que rugía á distancia.

El frío viento aullaba, caía la lluvia y estaba oscureciendo, cuando Enriqueta levantó la vista de la labor en que con asiduidad se ocupaba y vió parada en el camino una mujer.

Aquella mujer era como de treinta años, alta, esbelta y hermosa, pero miserablemente vestida. La tierra de muchas carreteras en variedad de tiempos — polvo, barro, arena — manchaba su pardo pañolón calado por la lluvia. No tenía ni cofia ni sombrero para proteger de la intemperie su negra caballera : no tenía más que un pañuelo de bolsillo anudado por bajo de la barba : así, los mechones de pelo agitados por el vendaval azotaban su rostro y la obligaban á pararse para despejarse la cara y ver, delante, su camino.

Una parada de este género era la que vino á notar Enriqueta. La viandante despejó efectivamente su rostro de hermosura sin cultivar, de intrépida indiferencia ante todo cuanto pudiera sobrevenir del cielo ó de la tierra. Y al verla, Enriqueta pensó que

aquella desgraciada tal vez tendría el alma tan sucia como sus vestiduras, pero era una mujer y se compadeció de ella no solamente con estéril piedad que hace volver el rostro sino con simpatía amorosa que inspira el deseo de hacer bien, de tender la mano para prestar auxilio. La caminante siguió andando con paso firme, pero no sin revelar alguna inquietud al mirar á uno y otro lado del camino. Al fin vió un montón de piedras y como si lo que buscaba con la vista hubiera sido un sitio donde descansar, aunque desabrigado del viento y de la lluvia, se dirigió hacia las piedras y en ellas se sentó.

Estaba frente á la casa de Enriqueta. Un instante después salía ésta á la puerta y llamaba con la mano á la desgraciada caminante. Levantóse la pobre y se acercó á quien la llamaba.

— ¿Por qué se queda usted á la lluvia? — dijo con amabilidad Enriqueta.

— No tengo otro sitio — contestó la mujer.

— Si hay; por ejemplo este cobertizo (y señaló el de la entrada de la casa) : aquí no se mojará usted y se puede sentar.

La pobre se quedó mirando á Enriqueta con expresión de gran sorpresa, pero sin manifestar agradecimiento : se sentó y se quitó un zapato para sacar las piedrecillas que se habían metido dentro por los agujeros de la suela y las junturas descosidas. Entonces vió Enriqueta, que el pie descalzado tenía heridas y sangraba.

A la exclamación de sorpresa dolorosa que no pudo contener Enriqueta, la pobre levantó la cabeza y con acento de incredulidad dijo :

— ¿Qué le puede importar un pie lastimado á una mujer como yo? ¿Y qué puede importarle á una



mujer como usted que una como yo tenga un pie lastimado?

— Entre usted — dijo afectuosamente Enriqueta — entre usted y se lavará y la daré una venda para que se envuelva la herida.

La mujer se llevó las manos á la cara y lloró : pero no como una mujer sino como un hombre avergonzado de su debilidad : la violencia de su respiración y el esfuerzo por contenerse demostraban lo desusado de las emociones en ella.

Entró en la casa y se curó y vendó el pie más bien por complacer á quien se lo rogaba que por atenderse á sí misma. Enriqueta sirvió después á aquélla pobre lo que aún quedaba del almuerzo y la pobre comió de una manera sobria. La caminante manifestó después que se iba; pero Enriqueta la instó á que antes secase sus ropas á la lumbre : la pobre, otra vez por mostrar complacencia más bien que por su interés propio, se aproximó á la chimenea, se quitó el pañuelo de la cabeza y la cabellera, mojada por la lluvia, se esparció por los hombros y espalda. Cogió la mujer su cabellera y la exprimió para que desprendiera el agua y se secase.

— Estoy segura — dijo dirigiendo la palabra á Enriqueta — de que la parece á usted que he sido guapa : y lo he sido, en efecto ; mire usted :

Al decir esto se levantó en alto con ambas manos el pelo dejando al descubierto la cara ; pero al momento lo dejó caer por la espalda suelto y formando como horribles serpientes.

— ¿ Es usted forastera ? — preguntó Enriqueta.

— Sí ; soy forastera — contestó la mujer. — Lo soy puesto que he pasado diez ó doce años lejos, muy lejos. No tenía calendario donde estaba ; pero de se-

guro han pasado diez ó doce años. Ya no conozco estos sitios : todo ha cambiado mucho.

— ¿ Ha estado usted muy lejos ?

— Muy lejos : meses y meses por el mar y siempre aún más allá : he ido adonde van los presidiarios — dijo mirando fijamente á su interlocutora — yo lo era.

— ¡ Dios la ampare y la perdone ! — dijo Enriqueta con dulzura.

— ¡ Ah ! Dios me ampare y me perdone... Si los hombres amparasen y perdonasen, mucho menos tendría que hacer Dios, me parece.

Pero aplacando sus adustas maneras, al ver la cordialidad con que seguía mirándola Enriqueta, cambió de tono y dijo :

— Me parece que somos de la misma edad ; si acaso tendré yo un par de años más, pero ¡ qué diferencia !

Y abrió los brazos para mostrar que no menos agotada estaba en lo físico que en lo moral. Luego bajó la cabeza con tristeza.

— Todos los daños que sufrimos tienen remedio en más ó menos tiempo — dijo Enriqueta. — Si está usted arrepentida...

— No ; no lo estoy — contestó inmediatamente la mujer. — ¿ De qué podría arrepentirme ? ¿ Quién se arrepentirá del mal que á mí me han hecho ?

Se puso el pañuelo á la cabeza y se levantó para marcharse.

— ¿ Á dónde se dirige usted ? — preguntó Enriqueta.

— Allá — contestó la mujer señalando con la mano hacia la ciudad — á Londres.

— ¿ Tiene usted á dónde ir á parar ?

— Creo tener madre — repuso amargamente la mujer.

— Tome usted esto — dijo Enriqueta dándole unas monedas. — Poco es, pero siempre la servirá para un día. Procure usted conducirse bien.

— ¿Es usted casada? — preguntó con voz débil la caminante al tomar la limosna.

— No; vivo aquí con mi hermano. No tenemos ahorros y por esto no puedo dar á usted más.

— ¿Me permite usted que la dé un beso?

Viendo que no manifestaba Enriqueta ni menosprecio ni repugnancia, la socorrida no esperó su contestación; se acercó á ella y la dió un beso en la mejilla. En seguida se fué.

Y así se internó en la oscuridad del camino, entre el viento y la lluvia, acelerando el paso hacia la ciudad cuyas luces brillaban entre niebla á la lejos.

## CAPÍTULO XXXIV

### OTRA MADRE Y OTRA HIJA

En una habitación fea y sucia, una mujer vieja, fea y sucia también, estaba sentada junto á una lumbre escasa oyendo como gemía el viento y caía la lluvia. La lumbre la preocupaba mucho más que estos ruidos. Sin embargo, cuando caían por la chimenea á la ceniza algunas gotas levantaba la cabeza y escuchaba el lamento del aire. Luego inclinaba de nuevo la cabeza, más baja, más baja, más baja como si fuera sumergiéndose en sus pensamientos. En tal estado el clamor de la noche sólo llegaba á ella como el monótono rumor del mar que rompe sus olas en la orilla.

No había otra luz en el cuarto que la producida por la lumbre. De cuando en cuando, despertándose como fiera medio dormida abría sus ojos la brasa y despidiendo llama iluminaba los objetos que más bien preferirían pasarse sin semejante ostentación. Un montón de guñapos, otro montón de huesos, un camastro, dos ó tres sillas rotas, unas paredes ennegrecidas y un techo aun más ennegrecido era todo lo que la llama á ratos alumbraba. La vieja, cuya sombra gigantesca y deforme se dividía por mitad en